

*Reseña*

**Guillermo Caviazca**

# Los pueblos indígenas y la cuestión nacional. Valentín Sayhueque y la construcción del Estado en la Patagonia

Buenos Aires: Punto de Encuentro. Primera edición, 2019. 238 págs.

ISBN 978-987-4465-14-6

**Reseña de Carlos Humberto Silva**  
Universidad Nacional de La Plata

Uno de los primeros cometidos de todo Estado nuevo es el control del territorio sobre el que la fórmula de poder que lo conduce ejerce dominio. Ello implica ante todo la delimitación de las fronteras externas; se alcanza mediante guerras, celebración de tratados, usos inveterados, adopción de las fronteras intercoloniales trazadas por las antiguas metrópolis (en la América hispano-lusitana: el *uti possidetis* de 1810) o una combinación de todo eso. También existen, durante cierto periodo, “fronteras internas”: las que derivan de la existencia de grupos de población que compiten con el estado por el control de porciones del territorio sobre las que reclama soberanía. Con pocas excepciones la respuesta estatal a las fronteras internas ha sido el avasallamiento o aniquilación de sus pobladores y la subordinación social e invisibilización cultural de los sobrevivientes.

El libro de Guillermo Caviaasca estudia el proceso a través del cual, a lo largo del siglo diecinueve, el Estado argentino estableció su soberanía –el territorio como ámbito de dominación– e impulsó la expansión capitalista –el territorio como espacio de la acumulación– en la Patagonia argentina. Recurre a fuentes primarias y secundarias, las analiza con rigurosidad y propone una interpretación original que sintetiza la complejidad del asunto estudiado. Caviaasca explica con argumentación sólida los hechos, acciones y procesos que derivarían en la constitución efectiva del Estado argentino; destaca el carácter contingente de mucho de lo que tuvo lugar en cuanto producto de decisiones de actores que se desempeñaban en contextos dados, con acceso a determinados recursos y con específicas y diferenciadas estructuras de sentido.

Frente a la imagen de homogeneidad de esos pueblos, compartida tanto por el discurso de la confrontación estatal como por la literatura romántica, la obra destaca la heterogeneidad de tribus, grupos, jefaturas, algunas originarias de lo que hoy es Argentina, otras que migraban desde lo que hoy es Chile: tehuelches, boroganos, puelches, peuenches, ranqueles, huiliches. Esa heterogeneidad se manifestaba en frecuentes luchas en torno a la tierra y el control del entramado del intercambio comercial y de negociación regional. Las relaciones entre jefaturas oscilaban entre convivencia y confrontaciones. Igual que en los grandes imperios azteca, maya e inca, alternaban conquistas y enfrentamientos por recursos y saqueos, y coexistencia a través del comercio, las alianzas matrimoniales o el enfrentamiento a un enemigo común. La diversidad se advierte asimismo en los alineamientos que diferentes jefaturas tomaron respecto de las confrontaciones político-militares que tenían lugar en el Estado. En el conflicto federales vs. unitarios las tribus parecen haberse llevado mejor con los primeros, pero simultáneamente otras se alinearon del lado unitario; con frecuencia ambos lados del combate contaron con el involucramiento de guerreros indígenas. Esto no significa, señala con razón el autor, que los aborígenes eran “tontos” ni “manipulados”; *“por el contrario, señalamos que jugaban sus intereses al interior de la historia nacional”* (pág. 223).

Las estrategias desarrolladas por las diferentes jefaturas en sus relaciones con el Estado obedecieron en efecto a una variedad de circunstancias y factores. El gran cacicazgo de Valentín Sayhueque, instalado en la hoy provincia del Neuquén y el alto valle del Río Negro (“el País de las Manzanas”) contaba con condiciones ecológicas para cierto desarrollo de la agricultura de recolección que complementaba la dependencia de las “raciones” periódicamente entregadas por el Estado, y una mejor posición geográfica en las vías de comercio con el otro lado de los Andes. Esto no convirtió a su pueblo en sedentario pero redujo la necesidad del recurso al saqueo y al malón como medios de consecución de recursos (ganado caballar y vacuno, bebidas, etc.); puede interpretarse que la posición negociadora que mantuvo hasta la embestida militar de la década de 1870 obedecía a esta mayor disponibilidad de alternativas, que favorecían una mejor interlocución con el poder estatal; ésta a su turno reforzaba la autoridad del Gran Cacique

ante su propia gente. No fue el caso de Juan Calfucurá. Instalado en las Salinas Grandes, ambiente hostil a cualquier actividad productiva con las técnicas de la época, por lo tanto mucho más dependiente de las entregas de recursos, con vías comerciales menos fluidas hacia Chile o hacia la colonia galesa muy al sur, las tácticas guerreras -del malón por un lado y el ejército de frontera por el otro- tuvieron un peso comparativamente mayor en la matriz de relaciones de convivencia tolerada.

Caviaasca destaca la existencia a lo largo del siglo de variados modos de relación entre el Estado en proceso de formación y las jefaturas indígenas, antes de llegar a la acción militar de aniquilación. Diversos factores habrían incidido en esas variaciones; en contextos de baja institucionalidad, parece haber tenido relevancia el papel de los funcionarios que en diferentes momentos actuaron sobre el terreno: tanto quienes se desempeñaban desde Patagones como principal centro administrativo, como por los jefes militares de los cuerpos armados. La observancia de los tratados, la periodicidad de la entrega de “raciones”, la realización de expediciones punitivas, la tolerancia estatal respecto de las redes de comercio trasandino hacia donde derivaba parte de las “raciones”, tenían vigencia efectiva de acuerdo a las percepciones y criterios operativos de los representantes del Estado, no menos que a la disposición de las tribus y sus jefes.

El libro sugiere que, en general, la coexistencia fue más armoniosa antes que después de Caseros, aunque podría argumentarse que antes de Caseros no podía hablarse de un estado propiamente tal. Sea como fuere, se advierte que el trato benevolente al mismo tiempo que autoritario que Rosas dispensaba a los pueblos aborígenes coincidía en grandes rasgos con la imagen tribal de la formación y ejercicio del poder del cacique en su combinación de dispensa de favores y mando férreo respecto de las jefaturas menores que le estaban subordinadas. De acuerdo al autor había una cierta autonomía de las tribus, pero dentro de un marco de subordinación a la dinámica formativa del Estado. En ese marco general los grandes caciques apelaban a diferentes estilos y modos de relación con el poder estatal, orientadas claramente a una estrategia de sobrevivencia ante la evidente asimetría de recursos de poder. Comercio, “raciones”, malones y saqueos, toma de cautivos y cautivas, integraron en distintos momentos y circunstancias esa estrategia, con el fondo de una enemistad de principio de los actores que se desempeñaban en el Estado hacia las tribus que se resistían a la sedentarización y por lo tanto a una delimitación física de la superficie ocupada. Esa enemistad -*esencial* en el sentido schmittiano- habría de habilitar que una vez constituido plenamente el Estado -incluyendo el fin de la guerra contra Paraguay, el aplastamiento de las rebeliones provinciales, el sarmientino “no ahorrar sangre de gauchos”, la mayor profesionalización militar, el desarrollo de las finanzas públicas-, la guerra de aniquilación se instalara como eje de la estrategia estatal en la Patagonia.

El libro de Guillermo Caviaasca pone de relieve la dimensión geopolítica de la conquista militar de esa vasta región. En la época en que la ofensiva final fue emprendida

y culminada, el capitalismo mercantil había mutado en capitalismo imperialista. El gran reparto del mundo había llegado a su fin; ya no quedaban en el mundo áreas geográficas por ocupar: ni en África, ni en Asia, ni en Oceanía, ni en América. Estados Unidos había emprendido la conquista militar del medio oeste, abriendo las nuevas tierras a la economía agropecuaria, instalando poblaciones de origen europeo, subordinando social y culturalmente a los pueblos originarios sobrevivientes a la ofensiva militar. Enfrente de la Patagonia, el Reino Unido había instalado una colonia al apoderarse de las Islas Malvinas y no era descabellado suponer que el asalto siguiente sería hacia tierra firme, sobre una Patagonia desprotegida. En Chile había culminado la embestida militar contra los pobladores de la Araucanía. Además del control del territorio físico y el consiguiente ejercicio de soberanía, el objetivo que estaba en la mira del estado era poner esas tierras a disposición de las nuevas formas capitalistas de producción, con la penetración de instituciones financieras, contratación de empréstitos, desarrollo de infraestructura, aplicación de nuevas técnicas de cría y cultivo, importación de población ya formada en la disciplina de la organización capitalista; tierras que ya estaban ocupadas y pobladas. Aunque con baja densidad demográfica, el “desierto” no lo era.

La “conquista del desierto” consistió en la implantación de la soberanía estatal sobre la totalidad de su geografía –completando lo que desde 1810 venía desarrollándose en el noreste y el noroeste– y simultáneamente en la apropiación de las tierras conquistadas por beneficio de una nueva oligarquía surgida de esa conquista. “*La discusión real* –escribe Caviasca– *era qué relaciones de producción se iban a establecer en la región, o más bien cómo y qué tipo de relaciones de producción capitalistas se implantarían en el campo, qué formas de propiedad dentro de ellas, qué penetración del capital extranjero iba a darse, qué grado de desarrollo económico se produciría y qué integración se daría a la producción*” (pág. 219). Las formaciones sociales de las jefaturas pampeanas y patagónicas, basadas en sistemas comunitarios, relaciones de parentesco, criterios de estatus y reciprocidad, resultaron incompatibles con la dinámica avasalladora del capitalismo que, una vez más, recurrió al poder coactivo del Estado para instalarse en los escenarios así conquistados. Sobre la base de la derrota militar las comunidades indígenas fueron reducidas a una sumatoria de individuos; el “indio salvaje”, forzado a hacerse sedentario, se convirtió en “individuo civilizado” y muy posteriormente en ciudadano; fue integrado a la nueva organización socioeconómica como peón de estancia y, también posteriormente y como resultado del desarrollo capitalista, como obrero; ideológicamente, fue homogeneizado y su especificidad étnico-cultural diluida e invisibilizada en el conjunto de la Nación. Nada de ello habría de ocurrir sin atravesar conflictos y violencias.

Además de sus méritos en el estudio del caso, el libro de Guillermo Caviasca aporta elementos para nutrir el debate en la ciencia política y la teoría del estado, sobre los orígenes reales del Estado y el mito liberal del contrato social. Motivo adicional para celebrar su publicación y recomendar su lectura.